

EFRAIN HUERTA

LOS POEMAS DE VIAJE

(1949-1953)

Estados Unidos, Unión Soviética,
Polonia, Checoslovaquia y Hungría



MEXICO

1956

Los Poemas de Viaje

E F R A I N H U E R T A

LOS POEMAS DE VIAJE

(1949-1953)

Estados Unidos, Unión Soviética,
Polonia, Checoslovaquia y Hungría

MEXICO

1956

Ilustraciones de Alberto Beltrán

Derechos reservados conforme a la Ley
Ediciones Litoral

Impreso y hecho en México

GREYHOUND POEMS

(Junio y Julio, 1949)



LA BLUEBONNET

La *bluebonnet* me preguntó: ¿Y Andrea?
Yo me quedé mirándola con amarga mirada.
¿Andrea? Oh flor, oh dulce flor de cielo
y humedecida tierra,
¿por qué, con tu pregunta, vino al mundo
esta lágrima de perfecta nostalgia?

LA LLUVIA

Cae sobre los millones de cabezas de ganado,
sobre los millones de mercados,
sobre los millones de pequeñas y grandes iglesias,
sobre millones y millones de Biblias.

Sobre los verdes pastos y la mano rugosa del granjero,
sobre las rubias cabelleras y los millones de ojos azules.
Cae sobre San Antonio a la hora del acento de las campanas,
y es como si cayera de los cielos
un poema infinito
o millones de labios de millones de ángeles.
Cae sobre la llanura azul y verde.
Llega siempre "como llovida del cielo".
Cae pesadamente sobre la tienda de Cletus Brown
y da de beber al poderoso río.
Cae con una fina conciencia de ser lluvia,
y es como si fuera la primera vez que lloviese en el mundo.
Así se explica uno que cuando llueve en Texas
el hombre redescubra el sentido natural de la tierra.

BEAUMONT, TEX.

Bajo la luz de la luna, en Beaumont, Texas,
los blancos a la derecha, los negros a la izquierda.

LAKE CHARLES, LA.

Para Carlos Mora

El blues salió de los rincones.
El negro seguía sudando a chorros.
Sudaba sangre negra, sudor negro.
"Waiting Room Colored..." "White".
"This is the Amazing America".
En realidad, el sur de Norteamérica.
El blues, oh Dixieland,
oh soberanos pelicanos,
seguía corriendo por los rincones.
Noche a noche, un blues se ahoga
en las orillas del Mississippi.

UNA PALOMA EN LOS FERRIES

Lentamente, la paloma violeta
anidó en el hombro derecho de la muchacha negra
Lentamente, una sonrisa de oro
se hizo luz en los labios de la muchacha negra.

E L R I O

Hoy estuvo paciente y apacible,
digno, sucio y solemne.
Surtidor de canales donde el lirio amanece.
Gigante río, río niño,
donde Louisiana escribe su gris melancolía.

LA NEGRA FEA

Para Abel Quezada

*O*utside!, chilló la negra,
la negra fea del bar.
¡Outside!, volvió a chillar
con una voz más negra
que su negro mirar.
¡OK!, negra maldita,
negrita fea del bar.
OK. Con tu chillar
me llevo una bendita
visión de Nueva Orleans.

C A N C I O N

L a luna tiene su casa.
Pero no la tiene
la niña negra
la niña negra de Alabama



La niña negra sonríe
y su sonrisa
brilla como si fuera
la cuchara de plata
de los pobres.

La luna tiene su casa.
Pero la niña negra no tiene casa
la niña negra
la niña negra de Alabama.

ALABAMA EN FLOR

A Paul Robeson

500.000 azáleas vende este comerciante cada día,
cada hora, cada semana y cada mes. 500.000 azáleas
para las honradas casas de Alabama y de Georgia,
para las suaves y jóvenes mujeres de la Florida,
para la solemne limpieza de los *funeral home*,
para el gigante hotel de Nueva Orleans.

Azáleas para todos los gustos y para toda hora:
para la hora del amor bendito, para la hora del sueño,
y para la hora en que surgen de las tinieblas
—desenfrenados perros de agonía, malditos—
los blancos y negros caballeros de las flagelaciones,
los señores de horca y cuchillo y cruz ardiendo.

Bellas, breves y venenosas azáleas para el Gran Dragón,
dulcísimas azáleas para la hija del Gran Dragón
y para la tierna y abnegada esposa del Gran Dragón.

¡Una lluvia de azáleas para los *Ku Klux Klans*
que en las noches siniestras azotan a los negros,
y azotan a los blancos, a las mujeres de los blancos,
y a las mujeres de los negros, y a sus hijos, negros y blancos!

¡Millones de azáleas para los encapuchados asesinos
que han hecho de las claras noches de Alabama
y de las claras noches de Georgia un pavoroso infierno!

¡500,000 azáleas como 500,000 resacas maldiciones
para los turbios violadores del descanso y del sueño!
¡500,000 azáleas como 500,000 azotes para los KKK,
repulsivo hervidero de la Edad Media y sucia podredumbre
en el fatigado corazón de las civilizaciones!

L A S N U B E S

Mansas, blancas ovejas, luminosos mensajes.
La fugitiva sombra despierta a las palomas
y crea un aire de asombro a la mitad del Hudson.
Claras y decisivas, solemnes esculturas,
en mil palomas mueren las nubes avanzando.
Las nubes, las hermanas mayores de los sueños.
Mármol que ya no es mármol, sino frágil espuma.
La espuma es la paloma que no supo ser ángel.
La nube es el demonio de los ojos de cielo.
Nubes de Nueva York, vertiginosa llama.
La llamarada blanca del deseo inalcanzado.
En Nueva York las nubes frutales de Manhattan
padecen un hermoso delirio de grandeza.

L O S N I Ñ O S

Roja, rubia, pajiza
niñez de Nueva York.
Rojos, rubios, pajizos:
oro en oro del sol.

HARLEM NEGRO

(*"Wells' Musical Bar"*)

Hoy es el cumpleaños de Joe Wells
y esta es la voz de Phyllis Branch.
Phyllis canta como los ángeles
y los ángeles cantan como Phyllis.
Joe es un negro ancho como Harlem
y listo como un relámpago de genio.
Hoy cumple cierta cantidad de años
y Phyllis ha venido desde el Village
a cantar para él, para el gran viejo Joe.
Phyllis coge a la música por los cabellos
y hace de ella su más hermosa voluntad.
A Phyllis le brillan los ojos
con un brillo de elegante lujuria.
La música descansa sobre sus hombros-alas
y en los senos le nacen las canciones-orquídeas.

Pues sucede que esta noche el viejo Joe
(*"Wells' Musical Bar", 7th Avenue y 135 St*)
celebra su cumpleaños y a su cumpleaños han venido
los jóvenes negros y las jóvenes negras.
Ciertamente, los mejores negros de Harlem.
Han venido el gigante Earl Jones, y, también,
el agudo e inteligente ex-paracaidista Bob Mac Laren,
Charlie Stewart y mi hermano Carlos Mora,
Herb Armstrong, Abel Quezada (a dibujar a Phyllis),
Dolph Greene y, claro, Phyllis Branch.

Hoy es el cumpleaños de Joe Wells.
Y en el Harlem Negro, el corazón de los asesinatos,
del misterio a vuelta de esquina, del calosfrío y el miedo,
hubo un comienzo de alba, un alba negra
que se dejó arrastrar por esta voz de Phyllis.
Gran noche fue la noche de Joe Wells.
Gran noche para el cielo de Harlem,
gran noche, ¿por qué no?, para todo Manhattan.

F. D. R.

Gentil, justo y resuelto...
Duerme bajo las rosas.
Rosas de Hyde Park:
las rosas de su sueño.

Gentil, justo y resuelto,
varón de noble vida.
Rosas de Hyde Park
sobre su tumba, en vuelo.

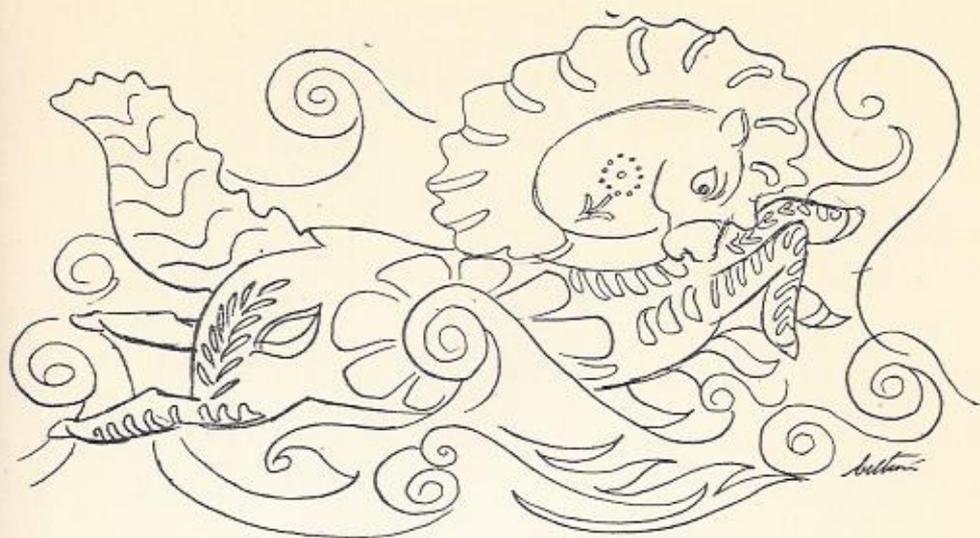
EL CABALLO ROJO

Para Eugenia Huerta

Era un caballo rojo galopando sobre el inmenso río.
Era un caballo rojo, colorado, colorado
"como la sangre que corre cuando matan a un venado".
Era un caballo rojo con las patas manchadas de angustioso cobalto.
Agonizó en el río a los pocos minutos. Murió en el río.
La noche fue su tumba. Tumba de seco mármol
y nubes pisoteadas.

NOCTURNO DEL MISSISSIPPI

En estos precisos momentos todo momento es bello. Por ejemplo:
que los jóvenes negros se amen a la orilla del río,
bajo el ruinoso techo del Eads Bridge,
y que su risa sea del color de la carne y de su espesa piel.
Que se amen larga y estrechamente al amparo del cielo,
como se aman todos los que aman,
y que sus besos sean el pequeño prodigio del vuelo en la paloma.
Que el río solloce y siga su camino hacia el mar
y los jóvenes negros sean sus propias estatuas.
Que la pequeña negra maldiga de su sombra



y el negro, entonces, la desnude.
Que una paloma muerta quede ahí, hecha cenizas,
y el amor resucite a la orilla del alba.
Que los jóvenes negros sean la negra ternura,
el más amargo y doloroso amor,
y que el llanto del río, llanto de sucios ojos,
prosiga su infinito morir bajo la tibia luna.

LOS FANTASMAS

Arboles, casas, puentes: los fantasmas.

Era una larga niebla sollozante,
pegada al suelo; espesa, estéril,
monstruosa y agobiante; inmunda forma.

Rostros, piernas y manos: los fantasmas.
Y un frío animal bajo la piel del alma.

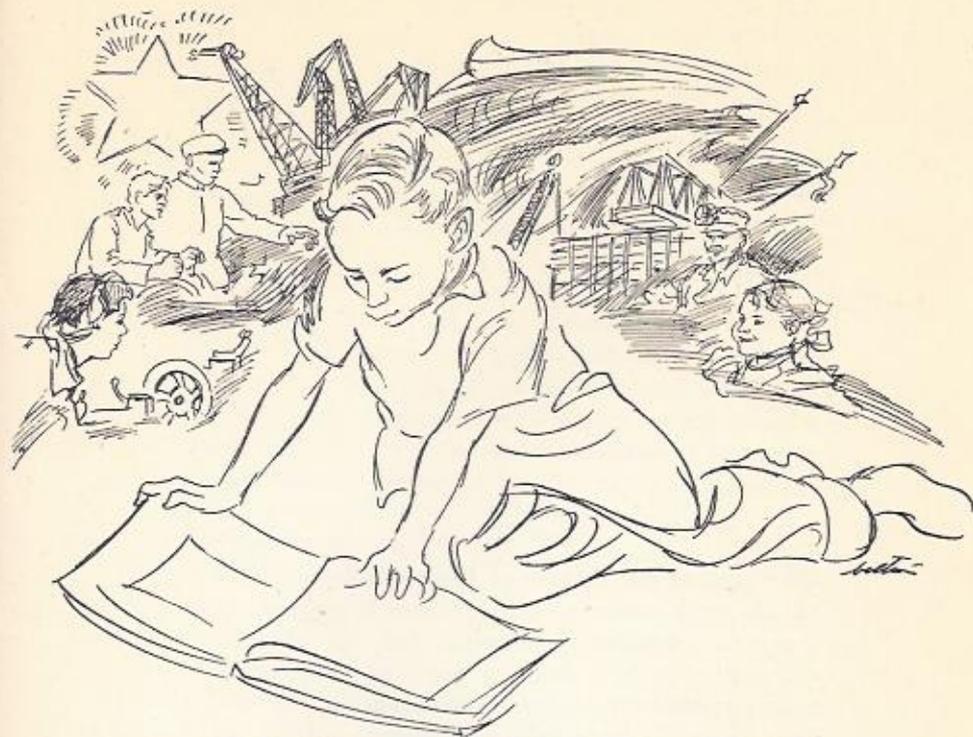
Era un mundo de plomo este mundo de Ohio.
Primer alba de plomo y de sucia caricia.

Gemidos, besos, risas: los fantasmas.
Grises, verdes fantasmas del desco y del miedo.
Era como ir muriendo a la mitad del sueño,
fantasma de mí mismo, fiel derrota.

West Lafayette, Ohio.

KARLOVY VARY

(1950)



PEQUEÑAS PALABRAS AL PEQUEÑO DAVID

1

Te saludan:

los árboles y las banderas triunfales,
los pájaros y los ríos del pueblo,
las ágiles canciones del pionero,
las películas a colores y las fotografías.
Ludmila te sonríe desde el fondo
de su impecable belleza de soberbia señora.
Marina y Boris, Leonid Kosmatov,
Tania y Susana me preguntan por tus ojos.

Y yo les digo que miren al cielo
y solamente escuchen
metales y maderas del heraldo del día
y a todas horas de la ciudad sin horas.
Te da la mano la estrella roja
en el jardín que sueña con la estrella
que es la madre de todas las estrellas.
Te cubre de besos el alto surtidor
y los puentes se inclinan a mi paso
que es tu paso de pequeño gigante,
de capitán que duerme su milagro
de haber nacido al día bajo una tarde.
Te saludan los negros ferrocarriles
y los anchos aviones, y la paloma de la paz
se acoge a tu presencia de varón
que acaba de llegar del otro territorio.

2

Estoy apenas comenzando a vivirte de lejos,
al lado de tu madre y de tus jóvenes hermanas,
y cuando cierro los ojos hay una luz
que te ilumina de la dulce cabeza
a los pequeños pies mil veces besados.
Pues he venido hasta acá para tenerte
más cerca y más estrechamente amado.
Como se ama al vino y se ama
a la flor que todos los días, como una amante,
acompaña mis sueños, misterios y palabras.
Desde antes de nacer, cuando apenas brillabas
como una lágrima y yo andaba como loco
por las orillas de los ríos y las ciudades
de Norteamérica, y las negras
me expulsaban de sus barrios y de sus casas,
cuando sólo eras
el gran Telémaco que buscaba a su padre,
yo pensaba en hacer este viaje desesperado
y caer muerto a los pies del mar
y beber con la boca del alma el coral de Lisboa.

y sentarme a la sombra de un castaño
y escuchar cómo pasa como si nada el Sena
y mirar desde arriba el curso del Rhin
y caer por fin atravesado el pensamiento
por una aguja gótica en la ciudad de Praga.
¿Yo lo pensaba entonces o es que lo pienso ahora,
mientras Gabriel se duerme, arcangélico,
y por toda la ciudad irrumpe el himno diario?

3

No importa. Porque entonces, ahora,
cayeron las campanas desde las altas nubes
y en un paseo a lo largo de nuestra soledad
he visto para ti nuevos emblemas:
un poema de Goethe, el memorial de Schiller,
Smétana dorado sobre el verde
y cien niños desnudos a sus plantas,
Beethoven que se inclina
—diabólico y feroz como la música
del principio del mundo—
y la danza del río que no termina nunca.
Y de nuevo los árboles
y otra vez el triunfo de las anchas banderas.
Y los pájaros se asoman a vernos
y huyen como pequeños poseídos.
¿No son pequeños pájaros enloquecidos
estas breves palabras que te envió
a través de las tierras y a través
del Atlántico?
Recíbelos, bésalos, tócalos
y entrégales la magia de tu mejor sonrisa.
Yo estoy como caído, mejor,
como abrasado por una suave llama.
La llama en que te pienso a todas horas,
entre el himno de madera y metales
de la ciudad sin horas.

Karlovy Vary
(Checoslovaquia)
27 y 28 de julio

“LOS COSACOS DEL KUBAN”

(Film soviético)

El mar de espigas era un mar de manos
que pedían más aire ansiosamente,
como unas manos muertas o más vivas que muertas,
pero terriblemente mar de espigas.

El mar de espigas del Kubán.

El mar de frutas era un mar de flores
que pedían más luz y, luminosamente,
como unas frutas vivas y siempre vivas flores,
se caían de belleza, de madurez, de cielo.

El mar de flores-frutas del Kubán.

El mar de oro y de alba era el mar de Marina
que se mecía sereno y tan serenamente
como aquella canción de los rubios cosacos
que era canción de amor y canción de paisaje.

El mar dorado y de alba del Kubán.

Karlovy Vary
(Checoslovaquia)
28 de julio

HOY HE DADO MI FIRMA PARA LA PAZ

(1952)

*A Carlos y Eugenia,
en Nueva York*

Hoy he dado mi firma para la Paz.
Bajo los altos árboles de la Alameda
y a una joven con ojos de esperanza.
Junto a ella otras jóvenes pedían más firmas
y aquella hora fue como una encendida patria
de amor al amor, de gracia por la gracia,
de una luz a otra luz.
Hoy he dado mi firma para la Paz.
Y conmigo, en cien países, cien millones de firmas,
cien orquestas del mundo, una sinfonía universal,
un solo canto por la Paz en el mundo.
Hoy no he firmado el poema ni los pequeños artículos,
ni el documento que te esclaviza;
no he firmado la carta que no se siente
ni el mensaje que durará un segundo.
Hoy he dado mi firma por la Paz.
Para que el tiempo no se detenga,
para que el sueño no se inmovilice,
para que la sonrisa sea alta y clara,
para que una madre aprenda a ver crecer a su hijo
y las pupilas del hijo vean cómo su madre es cada día más joven.
Hoy he dado una firma, la mía, para la Paz.
Una firma, otra firma y otra firma para la Paz.
Un mar de firmas que ahogan y aturden
al industrial y al político de la guerra.
Una gigantesca oleada de gigantescas firmas:
la temblorosa del niño que apenas balbucea la palabra,
la que es una rosa de llanto de la madre,
la firma de humildad —la firma del poeta.
Hoy he elevado en una el número mundial de firmas por la Paz.
Y estoy contento como un adolescente enamorado,
como un árbol de pie,
como el inagotable manantial
y como el río con su canción de soberbios cristales.

Hoy parece que no he hecho nada
y sin embargo, he dado mi firma para la Paz.
La joven me sonrió y en sus labios había una paloma viva,
y me dió las gracias con sus ojos de esperanza
y yo seguí mi camino en busca de un libro para mis hijos.
Pues ahí estaba mi firma, precisa y diáfana,
al pie del Llamamiento de Berlín.
Parece que no he hecho nada
y sin embargo, creo haber multiplicado mi vida
y multiplicado los más sanos deseos.
Hoy he dado mi firma para la Paz.

LOS POEMAS DE MAYO

(1952)

LAS CUARTETAS DE ARMENIA

En Sujumi

El sol de Georgia se despereza.
El Mar es Negro, pero esmeralda.
Y yo me bebo la luz del alba
mordiendo breve, roja cereza.

Cáucaso

¡Mares de nieve! Quiero y no quiero
bajar los ojos hacia el abismo.
El alma es sueño, un fino hilo
entre la llama del ventisquero.

1

Paloma blanca, blanca paloma:
¿alá tienes de nieve pura,
cielos de nácar para tu altura,
rosas de seda para tu aroma.

2

La piedra rosa construye y canta.
El vino rojo la sangre alegre.
Armenia es vino, canción y piedra,
la vida es verso, rosas y danza.

Las piedras rosas cantando están.
Rosas de oro al cielo suben.
Miles de hombres alzan, construyen
casas y parques en Eriván.

El nuevo ritmo, la nueva voz,
el negro bronce, la suave lila.
Todo perfuma, todo fascina
la paz que reina en el koljós.

Razdán se llama un río de Armenia,
suave, violento, callado, alegre.
(Como un arroyo de amor y fiebre
viene el recuerdo de mi hija Eugenia.)

(URSS)

Cuatro palabras, cuatro abedules.
Clara corteza sobre los cielos.
Un mundo suyo para sus vuelos
donde violetas se hacen azules.

Esbelta música la ronda agita;
niñas de azúcar, niños de nieve.
Llora, bosteza y se conmueve
el cocodrilo de malaquita.

8

Pesado, muy solemne y lacrimoso,
el cocodrilo gimotea, enloquece.
¡Música de la ronda que parece
anillo de cristal el más hermoso!

9

Nina de los ojos verdes,
tú me ganas, tú me pierdes.
Los ojos verdes de Nina
destilan la miel más fina.

10

Del cielo viene, bajando va
un ángel loco, loco de espanto,
las alas rotas, de nieve el llanto
sobre la cumbre del Ararat.

11

Inesperada ráfaga de helada
y filosa intención, en dos partió
la redonda y húmeda manzana.
(Polvo se hizo el ojo que lo vió.)

LOS ARBOLES DE ERIVAN

Para Elena Vázquez Gómez

Los árboles de Eriván
cantando vienen y van,
oro en oro,
los árboles de oro de Eriván.

Los árboles de Eriván,
aire de oro, polvo de oro,
ya están cantando, ya están
cantando cantos de paz.

Los árboles de Eriván,
pan de oro, oro en pan,
ya dicen, diciendo van
la canción de la amistad.

Los árboles de Eriván,
dorado mayo, ya van,
oro de la primavera,
danzando, danzando van.

Arbolillo de Eriván,
árbol niño, niño de oro,
se dobla de risa cuando
los rayos del sol le dan.

Arbol viejo de Eriván,
oro viejo, viejo pan,
en llanto nos dice la
nostalgia del Ararat.

Los árboles de Eriván,
cantando vienen y van,
oro en oro,
los árboles de oro de Eriván.

Los árboles de Eriván,
aire de oro, polvo de oro,
ya están cantando, ya están
cantando cantos de paz.

DESCUBRIMIENTO DE MOSCU

A mis hijos

I

Una semilla de oro al pie de Gorki,
la dorada palabra al pie de Pushkin,
la manzana crepuscular sobre el camino a Leningrado,
y en el corazón ansioso que regresa del Sur
golpes de sangre, azoro en las pupilas
ante el cuerpo desnudo de la nueva ciudad.

No hay ciudad sin milagros, pero lo milagroso
es que Moscú parece un millón de milagros.
Esta tarde, un milagro en el cielo por donde el sol caía,
y un matiz milagroso en cada piedra, en cada callejuela en agonía,
y a lo largo de las más recias y varoniles avenidas del mundo.

En los árboles, mayo encuentra por fin el calor,
la húmeda tibieza del interior de las frutas,
el ágil canto de los pájaros
y la risa que es un tesoro de los niños.

Una mujer camina con un pan bajo el brazo,
y es como si llevara un árbol, un paisaje en el alma.
Un poco del azul se estremece en el aire
—último azul de invierno, perla desfallecida—
y es como una campana extraviada en medio de la niebla.
Azul solo, día solo, crepúsculo de oro,
ciudad redescubierta, invencible como el amor,
suave y perfecta como la palma de la mano,
yo te comparo a una patria antigua y joven,

a una patria de sabios y de poetas con el pecho brillante de medallas;
te comparo a un mar de abedules y a un océano de acero;
te comparo a una geometría de sonrisas y al llanto puro de la madre,
ciudad madre del mundo donde un río es la balada que pasa como en sueños;
ciudad que acaba de llegar y que nunca termina.

¡Te comparo a ti misma, Moscú de terciopelo y mármol
donde la gente marcha con la serenidad de quien ya sabe su destino!

¡Oh Moscú de pequeñas y adorables palomas y de jardines
donde las mejillas de una niña parece que hablan —y es que viven!
¡Que la paz sea contigo a cada hora, en calles y avenidas,
sobre y bajo tus cielos, a la sombra del árbol, en la fábrica,
en la casa del poeta y en el corazón de la madre del pintor!

¡Que la paz sea contigo en todas partes donde un libro se lee y un poema se escribe,
en la tierra labrada, en los ojos del soldado que hoy estuvo en la galería de arte,
y en el teatro donde cobra la danza prodigios de evangelio!
¡Que haya paz para tu ordenado bullicio
y para que la herida cierre definitivamente!

II

En la Plaza Roja, esta tarde de fábula, esta historia,
un silencioso ejército —de dos en dos y paso a paso—
avanza hacia los mármoles severos del Mausoleo de Lenin.
Va una madre encorvada por el peso de la muerte del hijo,
va un niño con un tesoro en la mirada,
una niña cuya belleza es la primavera que comienza;
van miles, silenciosos, sembrando la semilla de la paz en cada paso,
y parece un largo y finísimo poema que hubiera brotado, lentamente,
del verde más profundo de los jardines que rodean al Kremlin.

Pues van a verlo y a pasar frente a su inmóvil perfección,
frente a la aurora roja de su frente
y la luz de sus ojos que,
cerrados, tienen más luz que nunca.
Van a verlo y a oírlo. Porque habla,
y en su voz de metales que conmueven



hay el ritmo de Octubre y los hurrás
ametrallando al Palacio de Invierno.
Y pasan frente a él, y tan callados, tan severos y dignos
como los jóvenes soldados que protegen su vida.
Porque si no viviera, porque si en la mano derecha no encerrara un mensaje,
no existirían las cosas y los hombres que aquí laten y viven.
Y entonces no habría vida ni música
en la esencia del Artículo 12 de la Constitución.
Sencillamente no habría nada.

III

Ya bajaba la noche, ya caía sobre el inmenso abismo de Moscú,
cuando del corazón de la ciudad brotaron cinco estrellas,
cinco rosas de sangre, cinco torres de soberbia esperanza.
Estoy parado frente al Kremlin,
he caminado por su alrededor,
he estado junto al río y bajo los puentes,
y he visto cinco insignias que detenían la noche
como cinco gigantes.

El Palacio del Kremlin, hijos míos, no es la casa del Generalísimo Stalin.
Pero allí vive, y, otras veces lo he dicho,
"ningún hombre en el mundo trabaja más que él".
Porque también hay catedrales y allí se encuentra el Consejo de los Soviets,
y hay una hermosa y alta muralla rojiza que todo lo rodea.

El Kremlin es tan antiguo como el río de Moscú
y majestuoso como todos los ríos de la URSS.
Allí vive, allí piensa, allí es más joven y más digno,
allí es el único hombre del mundo que sabe lo que piensa,
y a quien los pueblos de la URSS
llaman el padre de todos los pueblos de la URSS.

Se llama José Stalin, y es un hombre mayor de 70 años.
Pero vale por siglos.
Cinco estrellas del Kremlin, cinco ojos como cinco palabras
que no conocen la derrota.
Cinco orquestas de luminoso vigilar a la ciudad que ya descansa.

Cinco soles para que Stalin pueda leer y pensar,
vivir, seguir viviendo y sostener en alto
la azul bandera de la paz en el mundo.

He caminado el camino de los poetas,
y sé que los poetas laureados,
como los sabios y las madres heroínas,
como los soldados y los trabajadores,
como los actores, las danzarinas y los compositores,
tienen en alto orgullo pasear con su medalla de oro,
porque así parece que llevan a su novia en el pecho.

He oído los versos míos vertidos al armenio por Georg Emin,
y he oído sus propios versos en una lengua de inviolable dulzura.
He podido escuchar a Nicolás Tijonov
y saludar a Constantino Fedin,
y he visto cuánto amor a mi país hay en los ojos del adorable Kelin.

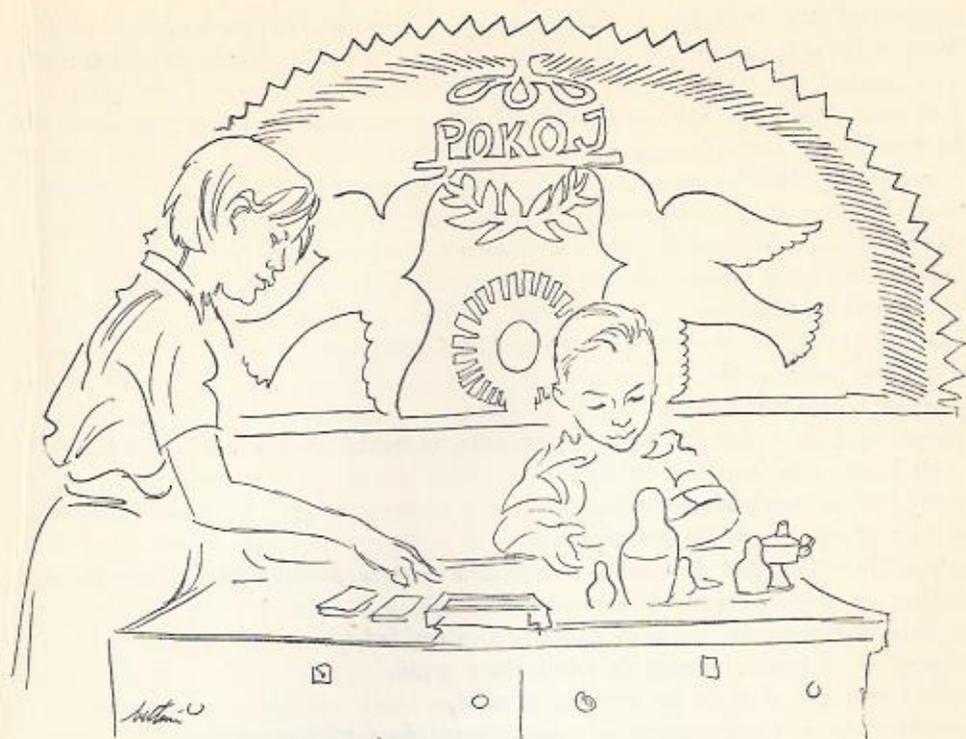
He visto al hombre de ciencia junto al joven michuriniano,
la Biblioteca "Lenin" totalmente llena,
a un cadete extasiado frente a una máquina agrícola,
como frente a una estatua,)

He visto a los héroes por las calles,
inmortales y humanos,
llevando de la mano a sus hijos,
sonriendo y pensando,
victoriosos, perfectos.

He visto la arquitectura de la palabra Paz
en los labios de todos y en todos los idiomas.
Y la palabra se enriquece
y es como una canción descendida del cielo.

He visto el fervor y la danza juveniles
y escuchado un viril viva México
en el espacio de cristal del Palacio de la Cultura, "Kírov",
sobre el ancho dorso del vigoroso Neva, en Leningrado.

He caminado mil caminos, mil paisajes.
Pero un solo sendero y una sola alegría.
Creo haber descubierto a Moscú,
que es como haber bebido un poco de la sangre luminosa
del corazón de hierro y seda de la URSS.



PALOMAS SOBRE VARSOVIA

I

El Vístula nos tiró un lazo de amor
y en él caímos.
Después no lo querían creer mis ojos.
He llegado a la ciudad al amparo
de los ángeles de mosaico que dan la hora en el Salón de Varsovia,
al amparo de un misterioso buho de piedra,
a la sombra de la velocidad con que nacen las flores,
junto a la vendedora con su gallo en brazos y los ojos de eterna pensativa,

pasando al lado de la nueva y fina columna de Segismundo que se alza
frente a los siglos silenciosos de la vieja Varsovia renacida de sus propios ladrillos;
y la catedral que vuelve ya los ojos al cielo,
y el negro que no se sabe si sonríe o si está a punto de llorar de pena;
la muralla que crece, torre a torre,
y, más lejos, Kilinski, el zapatero, digno y amenazante;
la ciudad arrasada y, de pronto,
el recuerdo de Walter bebiendo ansiosamente el agua de su río
bajo un millón de balas enemigas;
y el barrio de Muranow,
esculpido sobre las cenizas y los huesos del Ghetto,
cimentado sobre sollozos y angustia,
y luego, más adentro, sobre la calle Stalin,
Chopin que no aparece, Chopin secuestrado, espectral, inmóvil en su cielo,
y los libros y los castaños en flor,
y las hiedras escalando las ruinas,
y las estatuas tronchadas por el acero,
y por fin la juventud de Chopin que despierta en la pantalla de un pequeño cine,
radiante y luminosa como la esencia del pueblo,
y, bajo el crepúsculo, mirando hacia la Universidad,
Copérnico de bronce y aire, de sabiduría y genio,
y otro momento después los acordes de magia
(un torrente de pianos amarillos y violines en plena adolescencia),
y los arquitectos e ingenieros que no descansan,
y en los clubes la gente lee y fuma, altiva y orgullosa,
y una pequeña joven, igual a un tulipán, o a una rosa,
que me pide mi firma sobre un cuaderno escolar
y se aleja lentamente llena de azules, como un manual de geografía.

II

Esto veo en Varsovia, este día de mayo,
recién llegado de los alrededores del Kremlin.
Esto me está pareciendo Varsovia, la bella sirena mutilada.
Varsovia que parece un jardín de asesinatos,
Varsovia que se arranca el alma y la echa al río,
Varsovia con el alma en los ríos de sus nuevas calles y avenidas.
Varsovia socializada, hecha cristal por los campeones del trabajo.

Varsovia juvenil que no se ha dado por vencida.
Varsovia que fue arrancada de raíz.
Varsovia que fue una estatua de polvo.
Varsovia que se abrió la camisa y se dispuso a renacer,
a vivir la danza y a mirarse nuevamente en el Vístula.
¡Magnífica Varsovia! ¡Magnífica la perla que en tu corazón late!
Magnífica, reverdecida, monumento a la paz.
Varsovia del nuevo pan,
de la increíble sinfonía, de los pianos despiertos a toda hora
y del tulipán que se multiplica como un himno.
Latitud que mis ojos no querían creer
y que llegó a mi lado tendiéndome la mano,
rodeada de castaños y de tilos,
henchida de sonoros martillazos, de golpes de cincel
y de purísima madera finamente labrada.
Te escribo sobre la marcha, poseído por las lágrimas y la esperanza.
Te veo crecer, te oigo crecer como a la hierba,
ciudad preñada de siglos, madre de los albañiles,
madre del mármol y del hierro, de los nuevos árboles
y de las canteras que sueñan a gloria.
Las palomas, aquí, abren sus alas y reinventan el ritmo del amor.
mientras el joven ingeniero, rubio cabello al sol,
ordena y dicta el turno de las próximas horas.

III

En un ala
de la ciudad, bajo los escombros,
millares de judíos dicen el salmo de la muerte;
y un llanto espeso como una maldición
brilla sobre el granito,
resbala sobre el bronce.
Esto es un ala de la paloma.
Lo llamaban el Ghetto.
Tiene el nombre de los huesos cuando se calcinan,
de la sangre cuando se seca,
de las lágrimas cuando ya no tienen tibieza,
de la sonrisa que ya no es húmeda,

del amor que ya no existe,
del martirologio y de la ceniza,
de los sacrificios a Dios,
de la tristeza que ya no cabe en el universo.
Millares de seres humanos: una ciudad,
una montaña de almas y de gritos.
Humo y blasfemias,
granadas,
ametralladoras,
manos y más manos
que hirvieron de un momento a otro
como un infierno de odio y de venganza.
Esto es un ala de la ciudad:
la desolación y el polvo,
el sombrío monumento,
el cementerio,
pero también los nuevos y brillantes ladrillos,
los siete brazos nuevos del candelabro de oro,
los jardines ya trazados
y las pequeñas flores que surgirán
y las nuevas sonrisas que habrán de venir.
Esto ya no es el Ghetto.
Es ya una mano viva en este cuerpo de Varsovia.
De la ciudad que fue una paloma
y que hoy es mil palomas bajo su propio cielo,
bajo las manos de miel y seda de Halina y su piano
de encantamiento y sueño;
bajo la luz de las nuevas luces
y del porvenir que ilumina los ojos.
¡Magnífica Varsovia,
sereno monumento a la paz,
insignia de victoria!

LA SILABA DORADA

(En Lídice)

Hace unos días,
un día en que Praga afilaba sus agujas perfectas
y el Voltava era un río con un castillo dentro;
un día en que los tilos se doraban de amor
y el césped descansaba de su sueño invernal,
fuimos a Lídice.

Clara, como de aire, esbelta y luminosa,
sobre una cruz de flores
que vibran dulcemente
en el lugar exacto de los fusilamientos,
se perfila, sagrada,
condenatoria, eterna,
la cruz que los soviéticos alzaron

Lídice se parece a una mano extendida
y a un corazón hundido.
Lídice se parece a un pensamiento
que lentamente se marchita
y, también, a un sueño
que parece increíble pudiera ser soñado.
Lídice se parece a un pequeño desierto
y a un gran templo dinamitado.

Parece que no existe,
que no hubiera existido.
Que el diez de junio fuese como una maldición
perdida entre las hojas de los años.
Lídice parecía que no era
y que la cruz tampoco era
y que las flores ya estaban allí
desde antes de los siglos y de la historia.

Yo llevaba un poema,
y era como llevar ceniza a un cementerio.
Del fuego de aquel día,
del encendido vuelo de las horas
tomé un poco de luz para cegarme
y no ver, y no oír
sino mi propia alma.

Las pequeñas colinas parecían
estar saliendo, apenas,
de una larga zozobra,
de una angustia, o del fondo
de la espesa tiniebla
del terror. En el cielo,
una paloma iba
latiendo lentamente.

Y estos pasos ajenos, este rüido
de cristales ardiendo,
de pétalos con fiebre,
no eran pasos de muerte
sino de larga vida y de breve agonía.
Lídice agnizaba,
ciertamente,
pero resucitando.

La mano pisoteada y el corazón hundido
parecían hablarnos con palabras
de sílabas doradas.
Polvo de oro en el aire
y dalias del recuerdo por Lídice de México.
Del llanto de los niños ha surgido,
y corre, como un alma,
el arrogante río
del triunfo para siempre.

Hace unos días,
un día con delicados perfiles,

un día de amor para Checoslovaquia,
los ojos que miraron hacia Lídice,
los tristes ojos,
se elevaron al cielo
de la nueva ciudad, la nueva Lídice
de la antigua colina.

Y en los callados ojos
vibró el ala celeste de un jardín,
danzó la imagen pura de la piedra tallada
y hubo el calor fragante de los nuevos hogares.
Parece que sí existe, que sí es,
que sí era, que,
como la esperanza,
Lídice ya camina, ya avanza,
juvenil, estatuaria.

Lídice se parece a una joven
de esbelta adolescencia.
A una joven que piensa y que no olvida
y que en los labios tiene,
desde el nacer del alba,
una oración que cae, como otra flor,
condenatoria, eterna,
al pie del alto símbolo:
¡la cruz que los soviéticos alzaron!

EL RIO Y LA PALOMA

(Junio, 1953)

Una paloma sobre el Danubio le preguntaba su nombre al río,
y el río, abriéndose y cerrándose como alas de paloma,
dijo que no sabía, que él sólo iba de paso,
como un doncel cortando flores para la novia;
que casi no era río, sino una ancha guirnalda
bailadora de valeses, donadora de gracias.

La paloma volaba con alas de paloma
y un amor y un encanto era su suave vuelo.
La paloma venía, como el sereno río,
desde la negra Viena de los ojos azules,
y no se conocían, ambos volando,
volando el río y volando la paloma de metálico vuelo.

El río Danubio se abrazaba a la tierra,
sonreía a los puentes y los puentes
le sonreían como niños de piedra,
y en las claras riberas
el campesino
y el deportista,
el niño y la mujer,
el cerezo y la rosa
y el poeta que canta a la rosa
de Hungría
le tiraban mil besos al gigante
río de espesos azules,
agua inmensamente profunda,
espejo de palomas,
pastor de las auroras,
hermano de las nubes
y nido de castillos.

El río de ancho mirar
y la paloma que en él se reflejaba
venían del vals en ruinas,
cruzando,
transcurriendo sobre cultivos
que nunca acaban
y al lado de montañas
parecidas a nubes pecho a tierra.

El insondable río Danubio,
el Duna que todo lo puede
y todo lo hace,
el incansable padre del tulipán
oía, veía, olía
el zurear amoroso del ave de cristal
y solamente descifraba
la voz universal de la palabra Paz.

Pero el río no sabía su propio nombre
y, sin embargo, iba
marchando agudamente
bajo los arcos,
bajo las estrellas y el sol,
debajo de sí mismo,
hasta llegar al dulce rostro,
la tibia mano de oro
y el corazón de púrpura
de la ciudad de Budapest.

Budapest vive en junio
y el mes de junio en Budapest
es oro en polvo.
De una ciudad a otra,
de una flor a otra flor,
una dorada estela se adivina
(una flecha de amor),
y la espiga simbólica
que tiernamente vibra.
Amar en Budapest, estar amando,

es danzar como nunca
y es mirarse en el río
y oír que una paloma
le sigue preguntando al río su nombre.

En Budapest el río se llena de color:
de dulces oros y de graves verdes,
de mármoles, de versos.
Aquí las largas aguas comienzan a vivir
y a tener nombre.
Aquí el Danubio es Duna
y en su seno florecen
mil años de heroísmo
—y de la estatua cae, ángel, milagro,
el eterno laurel de la victoria.
El río tiene un lenguaje de siglos
y un millón de palabras para sólo decir una palabra
que vale todo el oro del paisaje.
Es la palabra Paz,
que la paloma,
en silencioso vuelo,
ya se lleva hacia el sur.

Y allá van, el río y la paloma,
la paloma y el río, ambos volando,
cruzando la encendida marca del tulipán,
deshojando la rosa,
aleteando como locos sobre los valles
de adolescente y perfumado rostro,
invitando al amor, a la canción,
y al trabajo, y al sueño.

El río y la paloma ya llegan, ya se acercan
como hermano y hermana,
ala con ola,
ráfaga y cielo,
a la despierta orilla del fierro y el acero.
El río que ya tiene nombre
y la paloma que se llama Paz

llegan a Stalinvaros,
que es como llegar
a los ríos y a las palomas
del futuro,
a los laureles musicales
del triunfo,
al origen de las banderas
(al tricolor sinfónico de Hungría)
y a lo más hondo y entrañable
del recuerdo que no se borra nunca.

La paloma que brilla como el alba,
la paloma danubia,
la niña que bailó el vals de la muerte
baila hoy el baile jubiloso;
la paloma que sobre el Duna aprendiera
a llamarse sencillamente
paloma de la Paz,
hace su nido aquí,
y rojas son sus alas
entre el acero y el sudor,
la dorada alegría
y la verde esperanza de los hombres.

Y por su parte, el río
sigue marchando lentamente,
con el paso del hombre
que acaba de escribir un poema,
mientras en las alturas
una sonriente estrella parecida a una espada
se recoge en su sueño,
y una sombra de paz
que cae
como lluvia de rosas entreabiertas
sobre el río,
la paloma dormida
y la nueva ciudad
de Stalinvaros.

Budapest, (Isla Margarita).

INDICE

GREYHOUND POEMS (Junio y Julio, 1949)	5
KARLOVY VARY (1950)	17
LOS POEMAS DE MAYO (1952)	27
HOY HE DADO MI FIRMA PARA LA PAZ (1952)	23
EL RIO Y LA PALOMA (Junio, 1953)	47

OBRAS DEL MISMO AUTOR

POESIA

ABSOLUTO AMOR.—Fábula. México, 1935.

LINEA DEL ALBA.—Taller Poético. México, 1936.

POEMAS DE GUERRA Y ESPERANZA.—Tenochtitlán. México, 1943.

LOS HOMBRES DEL ALBA.—Géminis. México, 1944.

LA ROSA PRIMITIVA.—Nueva Voz. México, 1950.

PROSA

MAIAKOVSKI, POETA DEL FUTURO.—Colección Cultura. México, 1956.

LOS POEMAS DE VIAJE TERMINÓ DE IMPRIMIRSE
EL DÍA 20 DE JUNIO DE 1956, EN LA IMPRENTA
COSMOS, S. DE R. L., DR. M. CARMONA Y
VALLE N° 60-A, MÉXICO, D. F.
SE TIRARON 500 EJEMPLARES.
CUIDÓ DE LA EDICIÓN
ROBERTO SAYAVEDRA G.

Precio: Diez pesos